

Más de treinta años lleva de ser párroco de Ticul nuestro biografiado, y ha realizado mejoras materiales y espirituales que le hacen acreedor al aprecio y respeto general; ha hecho levantar cuatro iglesias en los puntos más lejanos de la parroquia, y fundado, entre otras devociones, la del Santísimo Sacramento, con exposición de su Majestad, el primer domingo de cada mes; la Sociedad del Apostolado de la Oración y la Conferencia de San Vicente de Paul, que lleva á multitud de familias pobres el alimento diario.

Por todo esto y siendo el Sr. Cura Ortegón de un corazón bellissimo, todos le quieren, le respetan y le admiran, y hallan en él un sostén en la adversidad, un apóstol de la doctrina del Crucificado y un protector decidido por todo lo bueno y todo lo santo.

Por eso al principio de nuestros ligeros apuntes decíamos, y con justicia, que el Sr. Pbro. Ortegón figura ya en el catálogo de aquellos ilustres descendientes del Clero yucateco, que ha sabido con sus virtudes y su talento inscribir su nombre en las páginas inmortales de la historia eclesiástica, no ya del Estado, sino de la República entera.

Los datos de la vida del Sr. Ortegón son de aquellos que bien pueden figurar extensamente en otra obra; pero hemos querido honrar nuestra humilde publicación con nombre tan respetable y nos hemos apresurado á darle á conocer, siquiera sea como un pobre homenaje de admiración por los hechos más culminantes que caracterizan la vida pública, puede decirse, de tan distinguido sacerdote, honra de su familia y del Clero yucateco.



SR. PRESB. D. JULIAN DIEZ DE BONILLA,
CURA DE SAN PABLO. (D. F.)

doctrina cuyas solidas bases han proporcionado el bienestar de innumerables pueblos. Pretenden, con una necedad que raya en locura, derrumbar el templo donde se adora al verdadero Dios, sin llegar á comprender que sus cimientos de granito son inexpugnables.

Desdichados de los que quieren salir, como ellos dicen, de las garras de la superstición por su propia mano, la verdad es que se van á la tumba cubiertos por sus propios errores.

SR. PBRO. BR. DON JULIAN DIEZ DE BONILLA

CURA PARROCO DE SAN PABLO, D. F.

DESDE los principios de este siglo, llamado "de las luces," es verdaderamente notorio el denuedo con que los enemigos de la Fe Católica trabajan por ofuscarla, aunque inútilmente.

Desde que los hombres, ciegos por el orgullo que los domina, han pretendido elevarse á la categoría de semi-dioses, con el pretexto de estar henchidos de ciencia sus cerebros y de lealtad sus corazones, lo primero que han pensado es eclipsar, con la lumbre de su llamado progreso, la antorcha de la Religión.

Esa antorcha divina y refulgente que, durante el transcurso de tantos años, ha venido alumbrando el sendero ameno y florido que atravesaron las pasadas generaciones.

Ahora, sofisticamente, han dado en atacar una

doctrina cuyas solidísimas bases han proporcionado el bienestar de innumerables pueblos.

Pretenden, con una necedad que raya en locura, derrumbar el templo donde se adora al verdadero Dios, sin llegar á comprender que sus cimientos de granito son inexpugnables.

¡Desdichados de los que queriendo salir, como ellos dicen, de las garras del fanatismo, rasgan por su propia mano la venda de azul gasa de la Fe que cubre sus ojos y á través de la cual se destacan panoramas celestiales!

Límpido y sereno se presenta en lontananza el horizonte de la Verdad, y refulgentes rayos despide allá en medio de ese apacible cielo la estrella de la Religión.

Fulgura su luz clara y brillante para los que profesamos la doctrina de Cristo, como fulgura la estrella polar para el náufrago en medio de un turbulento mar.

Tras de los cruentos sufrimientos de esta existencia efímera, esperamos, los que creemos, otra vida mejor de regeneración y de dulzura. Después de habernos despedazado las plantas con los escollos y las espinas de que está sembrado nuestro camino, sabemos que hemos de pisar sobre blanda y perfumada alfombra de flores en el Paraíso que el Dios de las bondades nos tiene prometido á los que sufrimos. Cuando después de haber soportado con filosofía las torturas de la vida, se desprenda nuestra alma de la materia que la encierra, volará por esas etéreas man-

siones de luz y armonía que el Hacedor tiene destinadas para los justos.

Esos son los divinos panoramas que vemos tras la sutil y vaporosa venda de la Fe que cubre nuestros ojos. Esas son las promesas que nos hizo Cristo antes de espirar en el monte Tabor.

Y en cambio, ¿qué esperan los impíos? ¿qué faro alumbrá á los *sabios* incrédulos, esos que han llegado á descubrir la *verdad* y no creen en nuestros *sosifismas*; á esos que tienen el cerebro limpio de los *ideales* que nos consuelan y que conocen lo *real*; á esos, en fin, que han sabido *despejar la bruma de la ignorancia con la deslumbrante luz de la ciencia*?

Su vida se desliza de una manera fría é inconsciente; su mente se encuentra sumergida en un letargo profundo, pues no creen en nada, y tras las amarguras del mundo sólo ven la obscura tranquilidad de la muerte donde, según su entender, acaba todo.

¿Y cuál es la recompensa de los justos? ¿Y en dónde hallarán el castigo los réprobos? Y los que han llorado, ¿en dónde encontrarán la bienaventuranza? Y los que han gozado excesivamente, aun á costa del mal del prójimo, ¿dónde espíarán sus crímenes?

No lo saben, ó por mejor dicho, no quieren saberlo; cierran sus oídos á la voz de la razón.

Lloran y no encuentran quien enjague su llanto; y con sus callosas y nervudas manos secan indiferentes las lágrimas que surcan ardientes por sus mejillas, y en sus labios se dibuja la estúpida sonrisa del estóico. No esperan que ese llanto fructifique, ni comprenden que es el agua con que riegan su camino

de ultratumba y que de ese riego depende que broten azucenas, mirtos y violetas por el sendero que en lo sucesivo tienen que atravesar. Y como no admiten que nadie enjague su lloro, no se prestan ellos á consolar al que gime; lo ven con despótica mirada; lo desechan de sí ó huyen de su lado, y algunas veces hasta se felicitan de no ser ellos solos los que sufren.

Gozan, y en sus placeres son desordenados, brutales é insaciables. Quieren apurar hasta las heces el cáliz del deleite porque, según ellos, después de la vida no les queda sino la inacción eterna, ó porque ¿quién puede saber lo que el sino les haya preparado para mañana? Se embriagan en sus goces, se enloquecen y se olvidan de su propio ser.

Cuando el destino los acosa de una manera pertinaz, sometiéndolos á grandes pruebas, reniegan. Cuando los considera y los hace saborear almíbar en su dorada copa, blasfeman.

Han rasgado la venda que cubria sus ojos, y la luz intensa que han contemplado de repente los ha cegado por completo y caminan sin tino, viendo menos aún que cuando contemplaban esa luz deslumbradora á través de la ténue bruma que tenían ante su vista.

¡Débiles mariposas que al querer levantar orgullosos el vuelo hácia los espacios del infinito á donde se remonta el condor, han caído, azotados por el más leve soplo de la brisa, en el asqueroso lecho de un pantano, donde han perdido sus alas y se han quedado transformados en asquerosas orugas.

¡Séres impotentes que se juzgan atletas de la equi-

dad y combaten contra el oscurantismo, sin saber que ese oscurantismo es la verdadera luz!

¡Necios soldados del progreso y del saber, que nos abrumais con epítetos humillantes, llamándonos fanáticos y retrógrados, ¿en dónde mora el Dios de la ciencia que os abruma y quién es El?

En vano pretenden hacernos variar de camino, sus doctrinas no son convincentes porque son emanadas de cabezas febricitantes y calenturientas.

El Dios que nos ha concedido tan incontables beneficios, velará por ellos, los despertará del letargo en que yacen, les mostrará la verdad de las doctrinas de su divino Hijo, nuestro Redentor Jesus, é iluminará sus perturbadas mentes para que confiesen lo que niegan, á fin de que puedan alcanzar la salvación.

¡Roguemos por ellos al Altísimo!
Algun día podremos cantar el "Hossana" de nuestra victoria; pero para ello es preciso que luchemos con incansable denuedo por sostener el estandarte de la Cruz.

En este período de impiedad necesita la Religión atletas decididos; á ese fin, nos hemos levantado ahora, desafiando las iras de los herejes y blandiendo las armas que la razón pone en nuestras manos, amparados del escudo de la Verdad; y no vacilaremos en dar el más solemne "¡mentís!" á los calumniadores, obligándolos á bajar la frente ante el ara de la Equidad.

Vamos, pues, á biografar á uno de los más hábiles sacerdotes con que cuenta el Clero mexicano, y

sirva su meritorio ejemplo de vergonzoso estigma á aquellos que tienen la vulneración por lema.

Nació el Sr. Pbro. Bachiller D. Julián Díez de Bonilla el día 16 de Febrero de 1833, de la legítima unión del Sr. Lic. D. Luis Díez de Bonilla y D.^{ca} Ignacia Mena, virtuosa y ejemplar matrona que supo inculcar en el corazón de su hijo, desde su más tierna edad, la santa doctrina del Crucificado.

Ese mismo día recibió las vivificantes aguas del bautismo en la parroquia de San Miguel, de esta Capital, del Sr. Br. D. Antonio Cabeza de Vaca, siendo los padrinos de esta ceremonia el Sr. Ignacio Mena, su tío materno, que años después también había de apadrinar su cantamisa, y D.^{ca} Margarita Frias.

Creció bajo la influencia de esa atmósfera de paz que se aspiraba en su hogar, y cuando ya se encontraba demasiado apto, cursó sus estudios primarios en diferentes Liceos, á cargo de inteligentes maestros, concluidos los cuales pasó á estudiar latín (primero y segundo año) con el Br. Dr. Francisco Ceniso, inscribiéndose después en el Seminario Conciliar de México, del que era Rector el Sr. Canónigo D. José Braulio Sagaceta, donde cursó Filosofía á cargo del Dr. D. Francisco Ferreira, Teología dogmática á cargo del Dr. D. Ignacio Vera, y Teología Moral, Santos Padres y Sagrada Escritura, bajo la hábil dirección del Dr. Juan Bautista Guadarrama.

El año de 1850 empezó sus estudios eclesiásticos, y durante el trascurso de ellos obtuvo el segundo premio en Teología Escolástica y el primero en Apología de la Religión, examen que sustentó en la Uni-

versidad y que presidió el Sr. D. Manuel Díez de Bonilla, Ministro de Relaciones en aquel tiempo, bajo el Gobierno de S. A. S. el Sr. General D. Antonio López de Santa-Anna.

Obtuvo, después de haber sustentado brillantes exámenes de Filosofía, el título de Bachiller en este curso por la Nacional y Pontificia Universidad de México.

Por el Ilmo. Sr. Garza, Arzobispo de México en aquel tiempo, recibió la primera tonsura y las cuatro Ordenes menores el día 18 de Enero de 1852, el subdiaconado el día 11 de Marzo de 1854 y el diaconado el día 2 de Junio de 1855, en el Palacio Arzobispal.

El presbiterado lo recibió del Ilmo. Obispo de Tanagera, Sr. Madrid, el día 20 de Septiembre de 1856, en el altar del Perdon de la Santa Iglesia Catedral de México.

Cantó su primera misa el día 12 de Octubre del mismo año, festividad de Nuestra Señora del Pilar, siendo sus padrinos eclesiásticos su catedrático en filosofía D. Francisco Ferreira y el Lic. D. Manuel Carrillo, y seculares su tío y padrino de bautismo, D. Ignacio Agustín Mena y D. Urbano Santa María.

Como orador sagrado figura entre los predicadores de gran talla; su esclarecido talento, su vasta instrucción, su fluidez de palabra y finura de dialecto, dan un tinte á sus sermones, de convicción, que difícil sería escucharle sin creerle. Desde el año de 1855, siendo aún Diácono, ocupa la Cátedra sagrada, y ha predicado en todas las iglesias de México, con excepción de la Profesa.

Cinco meses después de haberse ordenado, fué nombrado Vice-Rector del Seminario de Tepozotlán y Catedrático de Moral; después pasó á servir la parroquia de San Juan Bautista Huascatzaloyan, Estado de Hidalgo; pasó en seguida como Vicario á San Estéban, Ajapusco; fué nombrado Capellán del Hospicio de Pobres de México, y sucesivamente Cura encargado de Otumba; Párroco de Tepexpan; Cura encargado de Santo Tomás, "La Palma" (D. F.); Cura de Ixtacalco, de San Agustín Acolman, de San Bartolomé Naucalpan, y en la actualidad desempeña la Capellanía del Hospital Juárez y es Cura párroco encargado de la feligresía de San Pablo Apóstol, donde ha prestado sus servicios tres ocasiones, calculándose el tiempo de éstos en nueve años.

Al recibir la feligresía últimamente, en Abril de 1891, era verdaderamente lamentable el estado en que se encontraba la fábrica material de la parroquia, la cual exigía una pronta reparación para que el mal no pasase adelante y llegase tal vez el estado ruinoso que amenazaba.

Acto continuo, y con una actividad digna de elogio, reunió á los feligreses que tenía á su cargo, amonestándoles á fin de que ayudasen con lo que estuviese á su alcance para la reparación de la parroquia; y bajo sus auspicios, desde Julio del año de 1891 á Marzo de 1892, se llevaron á efecto las reparaciones siguientes:

En la Capilla del Señor de los Affigidos, que sirve para el depósito del Santísimo Sacramento, se compuso la bóveda, se hizo todo el piso de madera nue-

va; se pintó y barnizó toda la Capilla, reponiendo vidrios, lámpara y transparente.

En la iglesia: compostura de las bancas; las esculturas; vidrios á los nichos y sus correspondientes cerraduras. Están compuestas las bóvedas.

En la Sacristía: la ventana principal toda nueva, con su alambrado para defender los vidrios, y pintura al óleo. El piso de la misma, inutilizado en todas sus puentes, y una parte de las dueñas.

En el Bautisterio: remover la fuente á su lugar; barandal de madera que divide toda la pieza; empapelar todas sus paredes; reponer en parte el piso de madera, y pintar al óleo sus puertas.

Las cuatro piezas que forman, dos el cuadrante y dos la habitación del sacristán, estaban completamente inútiles, por diversas cuarteaduras que tenían las paredes, las que, transcurriendo un poco más de tiempo, arruinarían del todo dichas piezas. Estas al presente están repuestas completamente, dejando las piezas habitables y servibles.

Los objetos adquiridos nuevamente para uso de la parroquia fueron los siguientes:

Un ornamento blanco de brocatel, compuesto de casulla y sus dalmáticas, todo nuevo.

Una casulla nueva de damasco, encarnada.

Otra, también nueva, de damasco, morada.

Otra, igualmente nueva y del mismo género, color verde.

Dos mucetas nuevas de brocatel, para el Sagrado Viático.

Tres albas nuevas de lino, una de ellas labrada.

Dos lujosas pálidas.

Dos elegantes manteles para el púlpito, y uno muy decente para el altar.

Un librero de cedro para los libros del Archivo de esta parroquia.

Cuerdo en todos sus actos y afable con todos cuantos le tratan, es uno de los mejores pastores con que cuenta la Iglesia mexicana en la presente época.

Con sus saludables consejos fortifica el espíritu de todos los que se acercan á él á confiarle sus cuitas y en busca de consuelo.

Que el ejemplo de tan eminente soldado de Cristo, sirva á los herejes como prueba de que sus versiones sobre los miembros que forman el Clero Católico, son absurdas, falsas y calumniosas!



SR. PRESB. D. JOSÉ M^a ORDAZ Y MORALES,
(PUEBLA.)